



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 43.—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Noviembre 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes elegantes para invierno.—Vestido con paletot para señora.—Vestido con paletot para niña.—Vestido de faya para señora.—Vestido princesa para niña.—Vestido de terciopelo para niña.—Vestido de muselina para sociedad.—Vestido con cola recogida á un lado.—Vestido con cuerpo de aldeteta larga.—Vestido con tirantes.—Vestido con manteleta.—Vestido con fichú-manteleta.—Vestido plegado por delante.—Vestido con túnica.—Vestido con paletot.—Brazaletes de

moda.—Abrigos y sombreros para niña.—Corbatas de invierno.—Ulster con esclavina para señora.—Vestido para bebé.—Vestido para jovencita.—LITERATURA.—Lo que la creación dice al hombre, por Micaela Silva.—La fiel Castellana, poesía, por Eulogio Florentino Sanz.—Julia de Sandoval, por la Srta. Doña Josefita Sevillano de Toral.—Méran: Diario de una joven enferma, por Paul Heyse, traducido por la Srta. Doña Elena Cerrada.—Mejora importantísima.—Charada.—Explicación del figurín.—Variedades.

REVISTA DE MODAS.

¿Qué es el vestido musgo? me ha preguntado el otro día una elegante suscritora que gusta de figurar en primer término en materia de modas. El vestido musgo es el vestido de lana de borra verdosa sobre un fondo verde también: el conjunto de esta tela rizada tiene en efecto algo semejante al musgo de las rocas, como los jaspados de verde y amarillo en borra de seda tienen algo de la piel del reptil, y el verde con amarillo y grana algo de los matices de los pájaros americanos. Hoy toma nombre un vestido de cualquier alegoría, por más que no esté tan clara como de desear fuera; y otro tanto le sucede al vestido cardenal, que se lleva á la sazón en París, llamado así por la sola condición de ser rojo-púrpura. Creíase que este traje vistoso no salvaría los muros de la capital y se limitaría á lucir en los castillos y residencias de otoño, donde ha hecho su aparición; pero me hablan de alguno de rica faya lucido en un convite aristocrático de París. Creo inútil dar la voz de alarma contra vestido tan atrevido, y no dudo de que mis elegantes suscritoras no se permitirán este color sino en combinación con algún otro oscuro ó pálido que atenúe su brillo. Los colores oscuros se llevan más que nunca, y los vestidos negros en combinación de dos telas, como faya y raso, raso y terciopelo, tendrán el primer puesto en el campo de la elegancia. Los rasos bordados de colores en fondos pálidos serán las telas ricas por excelencia, y los terciopelos cortados en combinación con la faya ó el raso de uno de sus dos colores, se admiran ya en las visitas de etiqueta y en los palcos de nuestro primer teatro.

Como hechuras, la túnica polonesa no necesita ya colocarse sobre otra falda como hasta aquí, y una guarnición añadida á la túnica ó á una falda de cualquier tela, sobre la cual se apunta la túnica, cada vez más larga, hacen un vestido princesa: los volantes, plegados y bullones forman esta adición ó falda suplemental, que es casi redonda para vestidos de calle y de extensa cola para visitas de etiqueta ó salones: estas colas, cortadas en círculo muy prolongado, se adornan á veces de nesgas de volantes de otro tono y se sujetan á canalones con presillas interiores de cinta despues de colocado el volante plegado interior blanco, que en estos trajes de alguna pretension es indispensable: en cambio de este adorno exa-



1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA. |

1. Vestido con paletot.

2. Vestido con paletot, visto por detrás.

3. Vestido con paletot para niña.

(Patron de la túnica: en el pliego por el derecho, núm. X, fig. 31.)

gerado en las colas y bajos de los vestidos, el resto de ellos afecta verdadera sencillez y las tunicas llevan apenas algun recogido en la parte inferior, y otras van apuntadas ligeramente arrugadas sobre la falda de abajo, hecha como hemos dicho, en cualquiera otra tela, dejando el busto perfectamente ceñido sin pliegues ni adornos que puedan velarle. Es muy comun tambien el adorno distinto en el centro de la espalda y pecho, como si el vestido se abriese en dos mitades sobre vestido de otro color, haciendo de este mismo algun echarpe que se coloca

esta forma la preferida para jovencitas; las cuentas, los bullonados y lazadas de faya, y las plumas sobre todo, son las encargadas de engalanar los sombreros. Nunca las plumas han representado papel tan importante en nuestros sombreros, y los pájaros del paraíso, que han estado relegados algunos años, se ostentan hoy sobre las capotas verde ruso, azul oscuro, núa ó negro, que son los colores que armonizan con todos los trajes cuando no se hace el sombrero de la tela misma del vestido. Las alas vueltas de un lado de los sombreros Mosquetero se

muy bajo en la falda y combinando de ambas telas los plegados y adornos de la manga. Hácense tambien algunas tunicas abiertas por delante en todo su largo y unidas con lazos ó cordones sobre la falda toda plegada á la inglesa, y la parte de la cola añadida tambien con grandes y profundos pliegues, abriéndose igualmente la túnica por detrás en dos mitades cuadradas y reunidas por un lazo. Como forma de novedad, respondiendo á la sencillez que quiere afectar la moda nueva, he podido admirar un modelo de vestido de terciopelo azul de forma princesa los delanteros y costadillos, cerrado por delante con botones dorados en todo su largo y sin más adorno que la cola á pliegues al terminar la espalda de aldeteta y un cinturón de raso azul con hebilla dorada para cubrir esta union: manga justa cerrada con botones dorados en toda la costura exterior, y cuello Richelieu (cuello grande de puntas por delante y por detrás), y puños grandes sobre la manga de encaje blanco llamado punto de Inglaterra. Esta hechura de manga ceñida con botones se verá en algun traje de invierno alternando con la que casi justa termina con plegados á la mano y la que desde mitad del brazo se abre en plegados y encajes; manga exclusiva para los vestidos de teatro y de salón.

Los sombreros de fieltro y de terciopelo son los encargados de ataviar á las damas este invierno; los primeros para trajes de poca pretension, los segundos para vestir más. Algunas que no prescinden de ningun detalle se mandan hacer los sombreros de la misma faya, terciopelo ó lana del vestido, siendo en este caso la *capota* la preferida con sus bridas que se fijan á los lados del sombrero y son de faya, rica ó raso. En cambio los de castor ó fieltro siguen haciéndose sin bridas, de forma Mosquetero ó *Montpensier*, siendo sobre todas

orran de seda del color mismo que el sombrero se adorne, y se sujetan con un nudo, un lazo ó un ala de plumas.

Terminaré diciendo que como adornos de novedad se citan los flecos chapeados ó de aguas de moirée, que han hecho gran fortuna apénas indicados; la pasamanería perlada para los abrigos, el galon griego de moirée que imita cuatro caras, ó el de felpa con revés de raso, que se coloca á dobles lazadas en los vestidos para que luzcan las dos caras. Hay tambien galones perlados con cuentas luz de luna ó tornasoladas; pero la manía de las perlas se extiende de tal modo, que me asusta hablar de ellas. Dicese que habrá hasta manguitos de terciopelo perlado... ¡Esto bastaría para desterrar las cuentas de cristal de todos nuestros adornos!

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1 y 2. *Vestido con paletot*.—(Patron de la túnica en el pliego por el derecho, núm. X, fig. 34.)

El modelo presentado por la espalda es de matalasée negro con túnica y paletot ceñido, mientras que en el modelo núm. 1 el paletot está figurado por el adorno: el croquis que acompaña al patron lleva todas las indicaciones necesarias para hacer la túnica de forma princesa ó con cuerpo separado, haciéndole pliegues oblicuos por delante á 50 cents. de distancia del talle y 30 del borde de la falda; estos pliegues, que tres van hacia arriba y tres hacia abajo, se sujetan por dentro y figuran sostenerse con lazo en el centro; el borde del paño de detrás se recoge por un nudo desde la cruz al punto y se junta después estrella con estrella. Dos volantes á tablas adornan la falda, de 11 cents. cada uno, y todos los bordes de la túnica y paletot se guarnecen de pluma ó de una lana rizada que la imita; debajo del paletot puede hacerse un cuerpo blusa, y si se hace túnica se figura en ella el paletot. El primer vestido es de cachemir, el segundo de tela brochada.

3. *Vestido y paletot para niña*.—El primero es de cachemir, el segundo de paño con galones bretones y botones bola. Sombrero de fieltro adornado de terciopelo.

4 Á 16. TRAJES PARA SOCIEDAD Y CALLE.

4. *Vestido princesa escotado*.—Es de faya color salmon, de gran cola y cerrado con botones por detrás; la falda, muy larga, va ligeramente recogida sobre otra de terciopelo negro, adornando el recogido gran lazo con flores, y fleco ó encaje al borde del traje. Ruches de gasa adornan el escote cuadrado.

5. *Vestido para niña*.—Falda plegada y túnica princesa, recogida por gran lazo de seda en el centro de la falda por detrás, todo adornado de bordado inglés. Sombrero de cachemir con fondo bullonado.

6. *Vestido para niña*.—Vestido princesa de terciopelo azul oscuro y matalasée en el mismo color, que ocupa el centro de la espalda y pecho y forma las mangas; volantes plegados de seda adornan el traje y figuran el paletot. Sombrero de terciopelo azul oscuro con plumas y lazos azules.

7. *Vestido de muselina*.—La falda es doble y adornada de entredoses y plegados que juegan con los del cuerpo: éste, de forma blusa, va formado por tiras y entredoses que se repiten en la manga, terminada por plegado.

8. *Vestido con cola recogida á un lado*.—Debe hacerse en faya rica; el delantero y los costadillos recogidos sobre otra falda de raso y terminados por plegado rico de felpilla; por detrás la cola extensa se guarnece de bullon con doble cabeza y se pliega por los lados en abanico que deja ver el forro de raso tambien: gran lazo reúne el vuelo por detrás, y la manga, que no pasa del codo, termina con plegados y ruches. Sombrero de castor blanco.

9 y 10. *Vestido con cuerpo de aldeta larga*. (Patron de la túnica en el pliego por el revés, núm. IX, fig. 32.)

El primero, núm. 9, es muy propio para traje de sociedad, hecho en tela de lana y seda de color claro, y con la manga á mitad del brazo; mientras el segundo, para visitas, se hará en terciopelo y tela brochada oscura con la manga larga. La túnica, después de recogida y unida á la coraza, forma un todo de túnica princesa; ésta se corta al biés, tiene 250 cents. de largo, y se coloca el borde al hilo en el centro de atrás después de reducido con pliegues á 50 cents. de largo, y luego se reúne el doble punto con el otro doble punto, haciendo una costura de Q á R para formar el nudo: el borde superior se monta al del cuerpo por uno de los hilos, y en el bajo de la túnica se añade un biés de terciopelo de 50 cents. de ancho, el cual forma el nudo, que debe hacerse sobre la misma persona

para colocar con gracia los pliegues: el cuerpo, muy largo, va adornado de plaston por delante, de terciopelo, completando el traje tiras de pluma de su mismo color.

11. *Vestido con tirantes*.—Es de faya negra, y plegados y encajes adornan la túnica princesa en fichú ó tirantes, separando los dobles encajes bieses bordados con cristal luz de luna.

12. *Vestido con manteleta*.—Vestido de faya gris sin más adorno que la gran cola plegada, y manteleta de cachemir blanco con entredoses y ruche formados de encaje. (El patron lo encontrarán nuestras lectoras en el mes de Octubre anterior.) Sombrero de terciopelo negro con encajes y plumas blancas.

13. *Vestido con fichú-manteleta*.—(Patron de la última en el pliego por el derecho núm. III, figs. 15 y 16.)

Estefichú, de tela correspondiente al vestido, forma por detrás esclavina corta y por delante se prolonga en puntas cuadradas y plegadas: el cuello le forma un plegado de lo mismo, y guarnece todo el fichú un bordado y fleco de felpilla. El patron y croquis indican suficientemente la disposicion de los pliegues, que cada uno tiene 4 centímetros y separado 3 del anterior. Sombrero con bridas de tul.

14. *Vestido plegado por delante*.—El vestido, de forma princesa por detrás, es sólo de coraza por delante, descansando sobre falda plegada, uniendo un borde á otro un echarpe diagonal y adornando de encajes todo el vestido.

15. *Vestido con túnica*.—Es de forma princesa, cerrado por detrás y adornado de entredoses blancos sobre la tela de batista azul pálido: un plegado muy fino guarnece la túnica, contrastando el volante de la falda, que es de plegado grueso.

16. *Vestido con paletot*.—Falda y túnica de faya verde oscuro, terminadas ambas por patas ribeteadas de raso y otro orden de terciopelo sobre las de la falda. Paletot de terciopelo ceñido y adornado de flecos y botones de pasamanería. Sombrero con fondo de terciopelo, ruche de pluma alrededor del ala y bridas de tul.

17 Y 18. BRAZALETES.

Entre los caprichos que inventa de continuo la moda, se cuentan los brazaletes de acero ó hierro cincelado. El núm. 17 muestra uno de hierro oxidado y calado, con cadena para el abanico, y el núm. 18 unos aros de cera y conchas de nácar, sujetos todos con un broche.

19 Y 20. ABRIGOS Y SOMBREROS PARA NIÑAS.

Estos abrigos, de forma de paletot, pueden ser de paño ó de terciopelo, y los sombreros de castor; el primero adornado de faya y raso con una pluma, y el segundo adornado de felpa, con pluma, pompon y borla de seda.

21 Á 23. CORBATAS.

Es de muy buen gusto que la corbata corresponda al vestido; las tres que presenta el grabado son: una terminada por cenefa y fleco, otra por pluma, y otra guarnecida toda de pluma con bordado en el centro.

24 Y 25. PELSTER (Waterproof con esclavina).

(Patron en el pliego por el derecho, núm. II, figs. 7 á 14.)

Estos números presentan por delante y por detrás un paletot tan largo que cubre casi el vestido, con dos cuellos distintos, y puede hacerse en tela impermeable, chiviot, paño, etc. Las figuras 7 á 9 dan las medidas, mientras el croquis presenta la forma: por delante va cerrado con doble hilera de botones, reforzada toda esta parte por un doblez ó forro interior, y la gran abertura de atrás junta con botones tambien: el cuello Robespierre, mangas y bolsillo de nuestro modelo primero, van ribeteados de raso, y el segundo adornado de pasamanería el cuello-capucha y bolsillo.

26. VESTIDO PARA BEBÉ

(Patron en el pliego por el derecho, núm. V, figs. 23 á 26.)

Es de cachemir, de forma princesa por delante, y tres grandes tablas por detrás, orillado de vivos de seda, lo mismo que el echarpe, y de guarniciones á la inglesa.

27. VESTIDO PARA JOVENCITA.

Falda de lana con dos órdenes de plegados, y túnica y paletot holgado de cachemir color claro, el segundo con la espalda de muchos pedazos viveados de terciopelo igual al biés que guarnece la túnica y las mangas: éstas terminan en patas ó almenas, y cierran justas con muchos botones. Sombrero toque de terciopelo con plumas.

JOAQUINA BALMASEDA.



LO QUE LA CREACION DICE AL HOMBRE.

Un misionero americano refiere que los *pieles rojas*, es decir, la raza indígena del Norte de América, es vagabunda y ociosa por instinto y preocupacion. Los hombres juzgan allí el trabajo deshonesto, tienden por una especie de servidumbre odiosa y degradante, y dejan á las pobres mujeres el cuidado de labrar las tierras y atender á las faenas del campo y á los cuidados pastoriles. Sólo dos ocupaciones juzgan dignas del sexo varonil, á saber: la guerra y la caza. El trabajo, segun ellos, se hizo para los negros, y el estudio para los blancos. El indio, que permanece fiel á las tradiciones de sus antepasados, pasa los dias errante por los bosques como el corzo, ó fumando gravemente su pipa sentado á la puerta de su cabaña, ó á orillas de algun rio bajo la sombra de los árboles. Mas como no hay regla sin excepcion, la que cita el propio misionero merece ser tomada en cuenta, y vamos á presentarla como un ejemplo de lo útil que viene á ser para el hombre la costumbre de observar la naturaleza y seguir sus lecciones.

Vagaba el digno sacerdote por los desiertos del Canadá, y llegó á un sitio poblado de frutales, que cercaban y embellecian la morada de un *piel roja*, morada que podia competir ventajosamente con la del más activo labrador europeo. Daba gozo ver aquellos sembrados y verjeles, aquellos rediles y establos poblados de reses; la cómoda y limpia cabaña parecia una quinta de placer; en su enverjado huerto crecian las mejores hortalizas, las plantas del maíz y las cañas del azúcar.

Sentóse á descansar el misionero y fijó plácidamente sus miradas en el dueño de las tierras, que allí cerca trabajaba cantando, y al parecer sumamente contento de su trabajo; esto en un indio es cosa rara, y el buen sacerdote no pudo ménos de manifestar su aprobacion en términos muy afectuosos y expresivos.

Agradeció el colono sus alabanzas, y después de instarle á que aceptara su hospitalidad, mostróle sus posesiones diciendo:

—En mi juventud era yo tan indolente como todos los hombres de mi raza; pero un dia que me hallaba fumando á orillas del rio, ví á los peces que trabajaban y construian bajo mis piés un dique para resguardar sus huevecillos. Mirándolo estaba, cuando sentí revolotear por encima de mi cabeza dos pájaros; eran macho y hembra, y uno y otra no cesaban de ir y venir cargados de pajillas y materiales para la construccion de su nido; el trabajo no les impedia cantar, y, al parecer, se hallaban tan contentos en el aire como los peces en el agua. Entonces miré mis brazos; abrí las manos y volvílas á cerrar; estiré las piernas, y dije: ¡Me habrá dado el Gran Espíritu estos miembros tan ágiles y tan robustos para tenerlos siempre ociosos? ¡Imposible! Los peces no tienen piés ni manos y trabajan; pues yo que los tengo, mejor podré trabajar. Desde aquel dia me propuse no perder el tiempo, y viendo estris si he sabido aprovecharle. Mi mujer y mis hijos trabajan lo mismo que yo, y no les pesa, porque son felices; el trabajo nos ha traído la salud, el bienestar y el contento.

—¡Dichoso el hombre que, como vos, comprende la enseñanza de la naturaleza! exclamó el misionero. Trabajad y sereis felices y virtuosos: eso es lo que la creacion dice á los hombres.

MICHAELA DE SILVA.

LA FIEL CASTELLANA.

I.

Á la lid partió el caudillo
Contra las huestes morunas;
Y éranse ya doce lunas
Sin que tornase al castillo.

Y la pobre Castellana
¡Siempre á la estrecha ventana!...
De noche y de dia, la frente á las rejas,
Por si una garzota distingue quizá,
¡Cuán triste murmura con débiles quejas:
Un año ya!!!



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

II.

Mustias las flores cayeron,
Y otras al Mayo brotaron;
Y las aves que emigraron
A sus nidos se volvieron.
Y la pobre Castellana
¡Siempre á la estrecha ventana!...
Las hebras del oro perdidas al viento,
Y al par que del alma suspira un *adíos*,
¡Cuán triste murmura con trémulo acento:
Dos años... dos!!!

III.

Nubló el llanto su beldad,
Y en inútiles gemidos,
Eran tres años cumplidos
De su amarga soledad.
Y la pobre Castellana
¡Siempre á la estrecha ventana!...
Sin toca en la frente, de luto vestida,
Y ornado el cabello de adelfa y ciprés,
¡Cuán triste murmura con voz extinguida:
Tres años... tres!!!

IV.

Diz que el buho cantó un día,
Y á su aciago clamoreo
Vínose á tierra un trofeo
Del castillo en la armería.
Y la pobre Castellana
¡Siempre á la estrecha ventana!...
Y al par que murmura, la frente á las rejas,
—«Oh! ¡cuándo á mis brazos, mi bien, tornarás?
Parece que el viento responde á sus quejas
Jamás... jamás!!!

V.

Servidores del castillo
Tumba dan á su señora;
Y al llegar tan á deshora
Dice á la turba el caudillo:
—¿Cómo mi fiel Castellana
No me espera en su ventana?—
Mas fija en la fosa sus ojos inmóviles,
Y—¡Tarde, murmura, muy tarde volví!—
Y en torno repiten pecheros y nobles:
Muy tarde... sí!!!

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

JULIA DE SANDOVAL,

POR LA SEÑORA DOÑA JOSEFA SEVILLANO DE TORAL.

—¿Podrá usted decirme, querida marquesa, quién es aquella señora que acaba de entrar en el palco de enfrente?

—¿Cuál?

—Aquella de semblante melancólico, de negros y radiantes ojos, y cuya blancura contrasta de un modo visible con el fúnebre color de su elegante traje.

—Cualquiera diría, vizconde, que la belleza de esa mujer ha despertado en usted un sentimiento mayor que el de una simple curiosidad,

—Marquesa, no empeceis por ser maliciosa.

—¿Y qué habría de extraño en ello?... Julia de Sandoval, pues este es el nombre de la dama que nos ocupa, es una de esas bellezas á quienes no resisten los más empedernidos corazones; pero ¡ay! en vano se agitan en torno suyo multitud de rendidos adoradores; todos se estrellan en su indiferente alma, como se estrellan contra las rocas las encrespadas olas del mar.

—¡Por Dios! mi querida marquesa, ó no es usted muy partidaria de la hermosa Julia, ó yo no sé que pensar de esos colores sombríos con que me pinta la peregrina belleza que se ha hecho dueña de mi albedrío. Así, por lúgubre que sea su historia, ruego á usted, amiga mía, que me la refiera, aunque sus palabras lleven envuelto en cada sílaba un dardo que traspase mi pecho.

—¡Hola! ¿ve usted como yo leí en su pensamiento sin equivocarme, vizconde? Harto conocí yo, aún antes de su pregunta, el interés que le inspira tan peligrosa dama; pues desde que apareció en el teatro le ví á usted seguir con la vista todos sus movimientos, y... con seguridad podría usted decirme hasta la hechura del elegante abrigo que Julia dejaba caer de sus hombros al presentarse en su palco.

—Es cierto, marquesa; pero no vaya usted á creer que es una impresión del momento lo que así me fija, no; hace un mes que á todas partes la sigo, sin haber podido averiguar hasta hoy, ni aún el nombre de mi bella desconocida; y sin embargo, á través de mis apasionados ojos, yo veo en esa mujer algo triste, algo dramático

quizá; pero, ó mucho me equivoco, ó tras esa indiferencia aparente se oculta un alma grande, un corazón bondadoso y un carácter enérgico; en una palabra, el prisma por que yo miro á la hermosa Julia no está conforme con el que le sirve para juzgarla á mi buena amiga la marquesa del Valle.

—Os equivocáis, vizconde; yo conozco bien á Julia; la conozco, y hago justicia á su mérito. No le niego á usted que sean buenos sus instintos; pero perseguida por la desgracia desde muy niña, se ha vuelto incrédula, desconfiada é indiferente; las heridas de su alma no encuentran bálsamo que las cicatrice, y bajo ese exterior de rica felicidad con que se presenta al mundo en ese verjel de las ilusiones que se llama pensamiento, brotan flores de purísimo aroma que mueren abrasadas por la candente lava de los desengaños.

—Marquesa, en nombre del cielo, tenga usted compasión de mí, y descorra el tenebroso velo que envuelve esa existencia; descúbrame esos arcanos, siquiera por aquietar mi curiosidad.

—Pues bien, por aquietar su curiosidad, emplazo á usted para mañana á las dos, en mi gabinete; allí oirá la historia que desea; y si todavía es usted tan arrogante que se atreve á desafiar el porvenir, allá se las haya con su corazón.

—Hasta mañana, pues, marquesa.

—Vizconde, hasta mañana.

Y apretando el blanco guante de la marquesa del Valle, salió de su palco el elegante y simpático vizconde de la Selva.

Era una hermosa mañana del mes de Mayo: la poética, la encantadora Sevilla despertaba en un lecho de rosas que la aurora había salpicado de menudas y transparentes perlas: las perfumadas flores de sus ricos y frondosos verjeles abrian sus matizadas corolas al primer rayo del sol, que recogía sus virginales aromas; y la brisa que regalaban las amenas orillas del Guadalquivir envolvía entre sus pliegues el delicado perfume de sus azahares: todo en aquella deliciosa mañana respiraba encanto y poesía, esa poesía y ese encanto que sólo es capaz de inspirar la ciudad más hermosa del mundo, la encantadora morada del santo rey; y sin embargo, allí donde todo era amor, donde parecía casi imposible que se albergaran las penas, veíase un joven como de veinte á veinticuatro años, de elevada y esbelta estatura, rubio bigote y lánguidos y azules ojos, pasearse con inquietud por la dilatada verja que separa los jardines del mágico palacio de San Telmo de las pintorescas orillas del renombrado río: más de una vez se le vió sacar del bolsillo de su elegante chaleco un esmaltado reloj guarnecido de perlas, y fijando la vista en su cincelada esfera, mover la cabeza de un modo que quería decir: «aún no es hora;» pero al fin debió llegar con la hora lo que él esperaba, porque al tiempo que ocultaba su cronómetro acaso por la décima vez, alzó la cabeza y exclamó alegremente:

—¡Ah! ya está aquí, y lo que es hoy no se me escapará.

Y con precipitado paso se lanzó detrás de una mujer, que acompañada de otra, se adelantaba tranquilamente hacia el paseo de las Delicias. Interesante por demás era aquella mujer: vestía un elegante y sencillo traje negro que realzaba la blancura de su bello rostro; su cabello, aún más negro que su vestido, caía en dos gruesas y rizadas trenzas sobre su ebúrneo cuello, encerrando su pequeña cabeza en un sombrero de terciopelo, cuyo espeso velo de Chantilly hacía resaltar más el brillo de sus rasgados ojos: melancólica y algo despreciativa era la expresión de su semblante, y en la sonrisa que de vez en cuando dejaba entrever el hermoso marfil de sus menudos dientes se dibujaba una terrible ironía.

El joven que la seguía se apresuró á colocarse muy cerca de ella, y como por casualidad puso la planta de su bien calzado pie sobre la larga cola de su vestido: la joven lo recogió graciosamente, y con expresivo saludo contestó al «usted dispense» que le dirigió el caballero. Pocos instantes después, la elegante dama subía á una lujosa carretela con la mujer que la acompañaba, y el vizconde de la Selva (pues era él) montaba en un brioso alazan que arrimado á la verja del palacio sujetaba un pequeño jockey.

—¡Oh! yo sabré dónde vives, mi bella enlutada; murmuró el vizconde.

Pero cuando se disponía á seguir el carruaje, que partió al escape, un importuno, el aturdido marqués del Álamo, se interpuso diciéndole:

—¡Eh! Gustavo, ¿dónde vas? ¡Ni siquiera te dignas saludar á los amigos!

El vizconde, contrariado por aquel encuentro, le dijo con marcada aspereza:

—Adios, Felipe; buenos días; hasta la tarde.

—¿Cómo te marchas sin regalarme siquiera un habano de tu petaca?

El vizconde no contestó; sacó del bolsillo de su americana una bolsita de perfumado cuero de Rusia, y se la alargó á su amigo, tratando de poner su caballo á galope.

—Por vida mía, Gustavo, que no te dejo sin que me digas qué asunto tan importante es el que te obliga á esquivarme de ese modo.

Y dirigiendo su vista hacia el sitio por donde la carretela desaparecía, añadió:

—¡Ah! ya caigo; ¡vas siguiendo quizá á esa encantadora sirena? Si es así, guárdate de ella, mi querido Gustavo; guárdate de ella, porque esa mujer es como la serpiente, que fascina y mata.

Y soltando una ruidosa carcajada, se alejó, dejando confuso al vizconde, que en vano espoleó con fuerza á su caballo, pues la carretela había desaparecido por la espaciosa calle de San Pablo.

—¡Ah! murmuró el vizconde; también Felipe la conoce. Daria la mitad de mi vida por saber quién es esa mujer.

Y limpiándose el copioso sudor que corría por su frente, dijo:

—No hay más remedio que esperar hasta las dos; no faltará á esa hora en casa de la marquesa del Valle.

Dejemos al impaciente vizconde esperar el momento de satisfacer su curiosidad, y sigamos á la hermosa dama, que atravesando en su carruaje las principales calles de Sevilla, fué á detenerse delante de una preciosa casa situada en la de Santa Ana. Un criado vestido de negro con sencilla pero bien construida librea, abrió la portezuela, y la señora, apoyando su diminuto pie en el estribo, saltó del carruaje, y seguida de la mujer que la acompañaba, entró en un patio después de haber echado una investigadora ojeada á uno y otro lado de la ancha calle; subió por una escalera de mármol, y entró en un precioso gabinete tapizado de blanco con guirnalda de rosas, cuyos transparentes pétalos engañaban la vista más perspicaz, y dejándose caer en una pequeña butaca de raso azul pálido, dijo con marcada satisfacción.

—También hoy se ha llevado chasco, Dolores.

—Y creo que pasará lo mismo todos los días, señora; respondió la doncella tomando el sombrero que la joven había desprendido de su cabeza, dejando ver en todo su esplendor la magnífica madeja de sus negros y ondulados cabellos.

—Sí, Dolores, lo mismo será: me he propuesto aburrirlo y desesperarlo como á tantos otros; quiero que me siga á todas partes sin saber nunca quién soy; que ignore mi vida, mi origen y hasta mi nombre, pero que me ame, sí, que me ame, para hacer trizas su corazón, para gozarme después en sus tormentos.

Y sonriendo de un modo siniestro, se trasformó aquel hermoso semblante, que perdiendo su dulzura arrebatadora, tomó un aire sombrío y vengativo.

La doncella sobrecogida por aquel cambio, bajó los ojos, sin atreverse á arrostrar aquella terrible cólera; pero algo más repuesta le dijo.

—Por Dios, señora, ¿hasta cuándo sereis implacable en vuestros odios? Vos, tan buena, tan generosa; vos, de cuya puerta no se aleja nunca sin consuelo el desgraciado, el desvalido, ¿por qué esa guerra á todos los hombres que os aman?

—Por vengarme de uno, murmuró; por devolverles las amarguras que han destrozado mi alma. ¡Oh! aunque se multiplicaran mis amantes como las arenas del mar, no podría devolverles la mitad de los dolores, que me causó uno solo.

—Pero, señora, ¿no tendrá un término vuestra venganza? ¿No habrá ninguno que amándolos de veras, logre ablandar vuestro corazón? ¿Quién sabe si ese hermoso caballero que hace un mes os sigue á todas partes, no venga enviado por Dios para labrar vuestra dicha?

—¡Mi dicha! ¡imposible! Yo podría ser dichosa si no hubiera sido engañada nunca; pero desde que fui víctima de un perjurio, he cerrado para siempre mi corazón.

Y dos gruesas y ardientes lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos; la doncella no se atrevió á decir más, y haciendo un ceremonioso saludo desapareció.

Cuando la joven se convenció de que estaba sola, prorumpió en un copioso llanto, y cruzando las manos sobre su pecho, murmuró:

—¡Arturo! ¡Arturo! ¿Qué has hecho del alma que te entregué? ¿Por qué destrozaste sin piedad aquel corazón que yo había hecho santuario de tu amor? ¡Dios no puede tener misericordia de tí!

—¡Señora; la señorita Carlota del Romeral! anunció un criado, levantando el portier que cerraba la entrada del gabinete.

—Que pase, dijo.

Y enjugando sus ojos y dándole una alegre expresión á su semblante, salió al encuentro de su encantadora amiga.



Vestido princesa con escote cuadrado. 7. Vestido de sociedad para señorita.
5. Vestido para niña. 6. Vestido princesa para niña.

8. Vestido con cola recogida un lado.

9. Vestido con cuerpo de aldeta larga. (Patrón de la túnica en el pliegue, por el derecho, núm. X, fig. 32.)

10. Vestido con cuerpo de aldeta larga, visto por detrás. (Patrón: pliegue por el derecho, núm. IX, fig. 32.)

11. Vestido con tirantes.

Vestido con manteleta.

13. Vestido con manteleta-fichú. (Patrón: pliegue por el derecho, núm. III, figs. 15 y 16.)

14. Vestido plegado por delante.

15. Vestido con túnica.

16. Vestido con paletot.



Matilde Lamb

Ayuntamiento de Madrid

Era ésta una joven de diez y seis á diez y ocho años, alta y delgada; sus cabellos de un rubio casi blanco descendían en graciosos bucles sobre sus espaldas; su cutis era de ese rosado tan fino que casi se trasparenta, y sus hermosos ojos azules revelaban el candor propio de su temprana edad. Vestía un traje de sedalina gris combinado con flor de malva, y una pequeña mantilla sujeta con un lazo completaba su bien entendida *toilette*.

Al verse las dos amigas se dieron un cariñoso beso, y asidas de la mano vinieron á colocarse cada una en una pequeña butaca.

—Muchos días hace que no te veo, mi querida Julia, dijo la encantadora niña con un aire de infantil jovialidad; no vas á paseo ninguna tarde, y casi todas las noches veo en San Fernando echadas las cortinas de tu lujoso palco. ¿Estás mala, ó tienes algún disgusto que te impida presentarte en público?

—No, mi querida Carlota; anoche estuve en el teatro, y tampoco tuve el gusto de verte allí, contestó Julia con la mayor naturalidad.

—Es verdad; mi mamá estuvo algo indispuesta, y no salimos de casa; pero no hemos faltado ninguna otra noche, y todas te hemos echado de menos.

—En efecto, Carlota, por ahora cumplen seis años que murió mi esposo, y esos días los consagro enteramente á su memoria.

—¡Seis años, dijo la cándida niña, y aún llevas luto! ¡Qué buena eres Julia! así debían ser todas las mujeres; pero no todas tienen tu corazón. Si yo me casara algún día y me quedara viuda, siempre estaría llorando á mi marido; haría como tú; nunca me casaría, y despreciaría el amor de los otros hombres, como haces tú. Mi mamá, siempre que se habla de consecuencia, te toma por tipo y dice que ha conocido muchos adoradores tuyos y que á todos les has dado calabazas.

—Es cierto, contestó Julia visiblemente contrariada; desde que murió el único hombre que amé en la tierra, aborrezco á todos los demás. Así, mi querida amiga (puedes asegurarlo), nunca entregaré mi corazón á ninguno; me hallo bien así, y para ser desgraciada ¡me basta con mis recuerdos.

—Vamos á hablar de otra cosa, pues veo que te afectas y yo no quiero verte triste.

—Sí, hablemos de otra cosa, de tí, por ejemplo. En el tiempo que ha transcurrido desde que no te veo, ¿habrás hecho muchas conquistas?

—No muchas; pero voy á decirte una cosa, que sólo á tu discreción confío. Cuidado que no vayas á contárselo á mi mamá, pues todavía no hay nada formal, y sentiría...

—No temas; bien sabes que sé guardar los secretos de mis amigas.

—Pues bien; hace días que me ama el joven y elegante vizconde de la Selva; ¿no le conoces?

—No.

—Pues es guapísimo, fino, amable y muy rico; por eso yo también me intereso mucho por él.

—¿Porque es rico?

—No, Julia, porque es guapo, dijo candorosamente la alegre niña. Mira, si vas esta noche al teatro, yo te le enseñaré y me darás la razón.

—Me alegro mucho, Carlota; pero á fuer de amiga tuya y mucho mayor que tú, voy á darte un consejo.

—Todos los que tú quieras; sé que tienes mucho talento, y siempre sigo con gusto tus observaciones.

—Gracias por la lisonja, Carlota; pero no tengo el talento que me atribuyes, sino una gran experiencia. Desconfía de todos los hombres, hija mía; no entregues enteramente tu corazón á ninguno, y mucho menos dales á conocer tu alma: ¡oh! la destrozarían sin piedad, infiltrarían el veneno de su lengua en tu inocente pecho, y te harían aborrecer hasta el sér que debes á tu madre: en una palabra: eres buena, y ellos te harían mala; eres cándida, y te harían maliciosa; eres crédula, y te harían desconfiada.

Y los hermosos ojos de Julia arrojaban chispas de fuego.

—Me haces temblar, amiga mía, dijo la pobre Carlota poniéndose pálida. ¿Habría un hombre tan perverso que así maltratará á la mujer que le diera su cariño? Y aunque eso fuera, ¿se encontraría una mujer que sabiendo que este hombre era el amante de otra, aceptara su amor, obligándole á ser perjuro?

—Sí, amiga mía, sí; hay mujeres que son casi peores que los hombres; que se gozan en el daño que hacen, por gloriarse de que han desbancado á otras; que no temen apagar el fuego que una mujer ha encendido en el pecho de un amante, por el solo placer de llamarse preferidas.

—¡Ay! ¡Dios me libre de esas mujeres!, exclamó la bella Carlota, acentuando sus palabras con un gracioso movimiento de cabeza.

—¡Y Dios te libre también de esos hombres!

—Es verdad; pero Gustavo es tan franco, tan ingenuo

y sobre todo, tan cariñoso... Sin embargo, prosiguió la niña dando á su semblante una marcada expresión de disgusto, hace unos días que viene más tarde á verme y lo encuentro más desabrido que ántes: á veces me parece distraído, preocupado... le pregunto, y me dice que es muy desgraciado y que sufre porque ve que lo quiero mucho... y, en fin, cosas por este estilo; pero yo no puedo creer que Gustavo sea capaz de engañarme.

—No hay regla sin excepción, dijo Julia con naturalidad. Pero, calle, objetó la preciosa niña; hablando se han ido pasando las horas y son cerca de las dos; y levantándose, me voy, Julia, continuó; que te dejes ver y no te entregues tanto á tus memorias.

—Adios, Carlota; mis afectos á tu mamá, repuso Julia desentendiéndose de las últimas palabras de su amiga; y acompañándola hasta la puerta, le preguntó: ¿quieres que algún criado te acompañe?

—No, está abajo mi aya. Oye, si vas al teatro esta noche, te presentaré al vizconde.

—Con mucho gusto, Carlota.

—Pues adios, Julia.

Y apretando la mano de su amiga, bajó la alegre niña de un salto la escalera de mármol, y tomando el brazo de su anciana aya, salió de casa de la elegante y aristocrática Julia de Sandoval.

(Se continuará.)

MÉRAN.

DIARIO DE UNA JÓVEN ENFERMA.

ESCRITO EN FRANCÉS POR PAUL HEYSE.

TRADUCIDO

POR LA STA. DOÑA ELENA CERRADA.

Dedicado á su hermano Federico.

(Continuación.)

Diciembre 28.

Recibí un programa de un concierto de guitarra que debía efectuarse á las doce en la sala de postas. No pensaba ir; pero como en otros tiempos las diversiones me sacaban de mi tristeza habitual, resolví ir, con tanta más voluntad cuanto que la guitarra es instrumento que me gusta.

Cuando llegué, el concierto había principiado y no quedaban más que tres asientos vacantes en la primera línea, muy próximos al artista, que parecían reservados á personas de distinción. No temí ocupar uno, á fin de seguir de cerca el juego de los dedos del músico y no perder el sonido más débil.

La atmósfera sofocante, el calor de la estufa en una sala de techo bajo y llena de público, me produjo cierto malestar que sin embargo olvidé cautivada por el talento del artista.

De repente la puerta se abrió despacio, dando paso á Morrik. Viendo la sala llena, titubeó; pero uno de los concurrentes le señaló los asientos desocupados que había cerca de mí. Atravesó la concurrencia, viniendo á sentarse, dirigiéndome un ligero saludo. Yo temí que su silla tocando á la mía le hiciera notar el temblor nervioso que se apoderó de mí; pero él parecía distraído escuchando la música con gran atención. Procuré dominarme, y para conseguirlo me abandoné á deliciosos desvarios. Los sonidos de la guitarra me creaban una atmósfera celestial en la que nuestras dos almas vagaban, libres de todo lo que las había separado en el mundo... Los aplausos dirigidos al artista me sacaron de mi éxtasis; pero el músico había dejado la guitarra y tomado otro instrumento que nos dijo se llamaba el *quiquiriquí*; era una especie de armónica de madera que fabrican los aldeanos tiroleños.

Sus sonidos eran ásperos y chillones y cada uno de ellos me causaba un sufrimiento físico y moral; no me marché por temor de interrumpir al artista.

Temblaba por Morrik, pues conocía hasta dónde llegaba su susceptibilidad nerviosa; le dirigí una furtiva mirada, y vi que estaba con los ojos cerrados y apoyada en su mano derecha la cabeza, como buscando medio para no oír aquellos acentos desagradables.

De pronto sus labios palidieron y su cabeza cayó sobre el respaldo de su sillón. Los que estaban detrás se apercebieron, mas ninguno le socorrió. ¿No era una indignidad de todos el dejarle sin ningún socorro? Me levanté y rogué al músico que cesase por un momento, pues un concurrente se había indisputado; rocié la frente del enfermo con agua de colonia que yo llevo siempre conmigo, y él volvió á su conocimiento, lanzando un prolongado suspiro. Los espectadores se levantaron, pero no dejaron su sitio: sin duda querían enterarse bien de lo que pasaba; simple curiosidad.

El artista me ayudó á sacar fuera de la sala á Morrik. El aire libre le volvió todo su conocimiento, y mi brazo le sirvió de apoyo para bajar la escalera.

—Os doy mil gracias, fueron las únicas palabras que me dirigí.

Su criado no se encontraba allí, y me vi precisada á acompañarle hasta su casa; al acercarnos á ella le pregunté:

—¿Os sentís completamente bien?

Me contestó con un signo de cabeza, y apretándose las manos lanzó un sofocado suspiro; seguidamente entró en su casa. Yo le seguí con la vista hasta verle desaparecer; andaba á paso lento y no volvió la cabeza para mirar donde yo estaba.

Este acontecimiento totalmente me ha trastornado, y me voy á meter en la cama; mi cabeza estalla, mis ojos se cierran, y nada oigo más que el infernal *quiquiriquí*... El aire pesado de esta fea sala parece que comunica fuego á mis venas...

Jueves 11.

Catorce días de enfermedad, durante los cuales no he cogido la pluma ni los libros, ni he abierto el piano. He padecido una ligera *grippe*. La dieta y el reposo han bastado á ponerme bien. Voy á hacer mi primera salida, pues el tiempo está hermoso, aunque frío.

Quisiera informarme de como sigue Morrik; pero ¿á quién dirigirme?

El mismo día á las doce.

Razon tenía para inquietarme, no engañándome mis presentimientos. Una calentura nerviosa tiene postrado en su lecho á mi amigo desde el día del concierto. Se encuentra muy mal y en un continuo delirio. Encontré á su médico y le pregunté qué es lo que padece. Todos saben que al salir del concierto acompañé á Morrik hasta su casa: luego ¿qué mal había en preguntar por su salud?

El doctor se mostró muy reservado: mi deseo era haberle entretenido para llegar á saber si tendrá algún triste desenlace; pero uno de sus enfermos se acercó, y tuve que renunciar á mi deseo.

¡Con qué angustia me siento al sol y fijo mis ojos en el río, cuyas aguas arrastran troncos y maderas que flotan, se detienen y vienen violentamente á estrellarse en las rocas!...

¿Qué somos nosotros, pobres humanos, encadenados en los mares del destino?... ¿Qué son los mejores días, sino cortos descansos sobre un escollo donde la primera ola nos arrebatara?...

¡Silencio!... ¡silencio!... Los latidos borrascosos de mi corazón me matan...

¿Cómo, si mi imaginación se representa á Morrik moribundo, no corro á su lado? Este es un enigma para mí, una lucha terrible entre el corazón y los deberes para con el mundo. ¡Oh, Dios mío! ¿Sonará para nosotros la última hora ya?

Padezco mucho, sí; porque ni aún en mis ensueños se me presentó la idea de que yo podría cerrar sus ojos...

El 12 por la noche.

Al fin me vencí y vuelvo con la victoria. La alegría que me embarga es digna de la lucha que he sostenido. Vengo de su casa, donde he permanecido todo el día, y mañana volveré, lo mismo que todo el tiempo que su enfermedad dure.

Esta mañana envié al sastre á preguntar cómo había pasado la noche, y vuelve diciéndome que el recado lo recibió una gruesa y rubia señora que, apenas supo iba en mi nombre, se limitó á decir con tono de mal humor: "Siempre lo mismo," en tanto que del cuarto inmediato oyó al enfermo pronunciar extrañas palabras en el delirio de su fiebre.

Un nuevo terror me embargó. Ya sabía yo qué pensar sobre las intenciones filantrópicas de la señora *sin nervios* y el cuidado diligente que había observado en suscribirse de mí.

¡Y es ella quien le cuida, y á quien verá al lado de su cama en sus ratos de lucidez!...

Esta imagen se me hacía insoportable; mas por fortuna mi vacilación no duró mucho. Me dirigí en seguida á casa de Morrik, dejando á un lado toda consideración que no fuese en interés de su bien y su reposo.

Mi valor sólo se debilitó un instante: cuando llamé á la puerta y oí una voz que dijo: "Entrad."

Pero ante las miradas frías é insidiosas de aquella mujer, recobré mi entereza, diciéndole con calma que no satisfaciéndome el recado del sastre, venia yo misma á preguntar.

Antes que ella tuviese tiempo para contestarme, la voz de Morrik se dejó oír.

—María, dijo, yo deseo que entreis á ver á este pobre enfermo.

Estas frases no eran hijas del delirio...

—M. Morrik no recibe á nadie, insistió la *oficiosa* mujer; además, una visita parecida sería contraria al

bien parecer; aunque es verdad que vos hacéis poco caso de esas cosas.

—Aun en el lecho de muerte de un amigo, ¿no es verdad?...
El enfermo seguía llamando: "¡María!..." Abrió la puerta y entró en su gabinete sin agitación.

Aquel pequeño cuarto estaba á media luz, porque la ventana, sobre dar á una estrecha callejuela, tenía echadas las cortinas. No obstante, distinguí un semblante pálido, en el que mi presencia pareció animarle de un rayo de alegría.

Morrik me tendió su mano, haciendo esfuerzos para saludarme con la cabeza.

—Venís, me dijo en voz baja; ¡qué consuelo me traéis!... No os ireis más, ¿verdad, María? No puedo soportar... ya sabéis... cada una de sus palabras me hacen daño... su vecindad me pesa como una montaña, y no me atrevo á decirselo. Si quisiérais, María, indicarle que deseo estar solo...

—Los enfermos no deben tener voluntad, contestó ella.

—¡Oh! María, estáos aquí; no quiero ver ni oír más que á vos sola; y os ofrezco no decir nada que os pueda ofender.

Y al decirme esto, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Nada pude hacer, más que coger sus manos y estrechárselas y consentir en cuanto deseaba. Ante esta promesa sus facciones se reanimaron, y cerrando sus ojos quedó tan tranquilo que creí que dormía.

Sin embargo, cuando quise retirar mi mano de entre las suyas, me miró de una manera suplicante, hasta que al fin el sueño se apoderó de él.

Salí á la otra habitación, donde estaba la señora oficiosa sentada en el sofá haciendo calceta, y sin perder tiempo le signifiqué con la mayor política que el enfermo estaba muy reconocido á sus servicios amistosos, pero que deseaba no molestarla más, encargándome yo de su asistencia y su criado.

—¡Vos, querida! me preguntó ella con gesto desdichado y mirada fulminante.

—Sin duda, le repliqué con entereza; soy la sola persona que Morrik conoce en este pueblo, y sería muy poco natural abandonar ese deber á una extraña que tiene otros cuidados que cumplir cerca de enfermos más queridos.

La señora me miró como si le costase trabajo comprender lo que oía.

—¿Es posible? exclamó. ¿No conocéis que esa conducta acabará de dar el último golpe á vuestra reputación, ya fuertemente desmembrada? Si fuérais una mujer de mi edad, que está á cubierto de toda murmuración!... Pero juzgo, querida mía, que vos necesitareis aún quien os vigile.

—Sé muy bien, señora, le contesté, lo que debo hacer y la responsabilidad que tomo; así, os repito, permaneceré aquí, por lo que podéis calmar vuestra inquietud en obsequio de mi reputación. Ya os tengo dicho que me he separado de la sociedad y no necesito otro juez que Dios y mi conciencia.

La oficiosa se levantó y tomó su sombrero, diciéndome:

—No exigireis que yo converse un solo instante con una joven cuyos principios morales son contrarios á los míos, ni que autorice con mi presencia unas relaciones censurables y extraviadas...

Las dos cambiamos un saludo silencioso; pero tan pronto como la puerta se cerró tras de ella, sentí mi corazón consolado de una pena enorme: abrí la ventana que cae encima de un balcón, para disipar el olor de éter que la señora esparce por donde pasa. Después dirigí una revista á todos los objetos que adornan el cuarto, muy confortable en comparación del mío: los muebles eran buenos, el secreter y los libros.

Unos cuantos escalones conducen á un lindo jardín; en seguida abrí la puerta del gabinete para escuchar si mi enfermo dormía.

—María, dijo viéndome aparecer; he oído todo. Vos sois mi ángel bueno; á vos debo el primer instante de reposo que disfruto desde hace dos semanas.

—Dormid y no os fatigéis sin causa, amigo mío, os lo suplico, y tendréis un buen sueño.

Inclinó su cabeza y cerró sus párpados para obedecerme.

Á las doce vino el médico, á quien hizo mucha gracia la escena que le conté tuve que sostener con la mujer socorredora, para obtener el instalarme al lado de mi amigo.

¿Le habría éste hablado de mí? Tengo motivos para sospecharlo.

Ha quedado muy satisfecho al saber que el enfermo durmió tres horas; su pulso también lo encontró mejor.

Le investigué sobre el curso de la enfermedad.

—El peligro no ha pasado aún, dijo el médico meneando la cabeza.

Á las siete he venido á casa; su criado le velará esta noche. Lo he dejado dormido; no se apercibió de que le toqué las manos... Justo es que yo descanse también, para poder volver á mi puesto bien temprano.

Hace mucho tiempo que no me sentía tan tranquila como lo estoy esta noche, al ver que nada se interpondrá ya entre Morrik y yo...

Hoy 13.

En su desvelo de esta noche me llamó, costando mucho trabajo á su criado el convencerle que yo volvería hoy. Cuando llegué esta mañana lo encontré muy sobrescitado, siéndome muy difícil hacerle comprender la necesidad de repartir la noche y el día entre sus dos enfermeros.

—¿Y si muero durante la noche? me preguntó.

—Y bien! me irán á buscar á casa, y en un segundo me tendréis aquí.

Yo dudé en darle mi mano... pero así duerme algunos ratos. Su inapetencia es absoluta y su delgadez espantosa. De lo que estoy segura es de que mi presencia le hace más bien que los medicamentos... Á mitad de día se puso mejor; la puerta que divide las dos habitaciones estaba abierta á fin de que pueda ver al menos mi sombra que se proyecta en la pared. Yo leía escuchando su respiración débil, pero igual...

Al médico le ha dicho que soy una maga que cambio su muerte en una fiesta... y como se acercase á darle una medicina, le añadió:

—No creáis, señor mío, que me cercais del todo... No, vos ordenad; solamente que no he de hacer jamás uso de vuestras malas drogas, aunque me las presente mi ángel bueno...

Día 15.

Ayer no estuvo mi espíritu para escribir: el día fué muy cruel, aunque hoy tengo el consuelo de ver que no sigue peor.

¡Qué frío está el tiempo! El surtidor de agua del jardín está helado; se siente la nieve en el aire, y suspiro de angustia al ver esta nieve, que, mientras dure, mi amigo no podrá sentir ninguna mejoría.

Hoy pasé dos horas al lado de su cama sin que me haya reconocido. En su delirio habla de personas y países que me son totalmente desconocidos.

¡Qué pocos acontecimientos de nuestra vida sabemos el uno del otro! Y sin embargo, nuestro afecto es el más íntimo, teniendo el mérito esta simpatía de ser conocida por los dos. ¿No es esto solo una dicha? ¿Qué más necesitamos saber?

(Se continuará.)

MEJORA IMPORTANTÍSIMA.

Aprovechando la estancia en esta corte de una célebre modista francesa recién llegada de París, y deseando acrecentar la utilidad de nuestra publicación, hemos resuelto poner á la disposición de nuestras lectoras los patrones cortados, no sólo de todos los trajes y abrigos representados en los grabados en negro y figurines que acompañan al CORREO DE LA MODA, sino también los de los modelos que ellas quieran señalarnos.

Con este motivo, y á fin de que los patrones vayan cortados sobre las medidas exactas que nos indiquen nuestras lectoras, no los prepararemos de antemano y no los tenemos de reserva, haciéndolo únicamente cuando recibamos el aviso.

De este modo tienen la completa seguridad de que el patron ha sido cortado para ellas.

Á pesar de esto, nuestro taller de corte se halla tan bien montado, que *garantimos* el envío del patron dentro de las cuarenta y ocho horas que sigan al pedido.

Para apresurar la ejecución de sus órdenes, rogamos á nuestras suscriptoras que tengan la bondad de unir al pedido el importe del patron en libranza ó sellos de correo, sin cuyo requisito no nos sería posible complacerlas.

TARIFA DE LOS PATRONES CORTADOS.

Patron cortado sobre medidas, de una prenda cualquiera, 2 pesetas.

(Una falda y un cuerpo se cuentan como dos prendas distintas.)

Patron montado en muselina, de una prenda pequeña: cuerpo, paletot, traje de niño, etc., 3 pesetas.

Patron montado y drapeado en muselina (en buena muselina, que pueda probarse), de una túnica, un gran paletot, pelisa, traje completo para niño, etc., modelo igual por ambos lados, 4 pesetas 50 cént.; si no fuese igual por ambos lados, 6 pesetas.

Patron montado en papel ó muselina de muchos colores, con pedazos *cosidos* de los adornos de un traje elegante y de novedad, de 10 á 15 pesetas, según el trabajo.

Cuando se tiene un cuerpo bien conformado, no hay necesidad de enviar las medidas; sin embargo, hé aquí cuáles son las necesarias:

La vuelta de la cintura, tomada por entero.—El ancho de pecho (mitad) desde el centro de delante hasta debajo del brazo.—El ancho de espalda, del mismo modo que el delantero.—El largo de la manga siguiendo la costura de atrás y con el brazo doblado.—Se puede añadir el largo de talle debajo del brazo por delante y por detrás.

Cuando se trata de una polonesa, una túnica ó una falda, se añade el largo de delante desde la cintura hasta el suelo.

Soluciones á la charada que apareció en el núm. 41 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Noviembre, por las Sras. Doña Tomasa Barrio de Nestosa, de Cervera; Doña Carolina Tamayo, de Badajoz; Doña Eulalia Santos, de Torrelavega; Doña Josefa Gomez, de Buitrago; Doña Carmen Mendez, de Tortosa; Doña Carolina Puig, de Mataró; Doña Lutgarda Sanchez, de Benavente; Doña Pascuala Daoiz, de Madrid; Doña Toribia Luancos, de Soria; Doña Juana Trelles, de Valladolid, y Doña Susana Sintés, de Valencia.

ALFARO.

CHARADA.

Á *prima* y *dos* una noche
Tres golpes ciertos le dí,
Jugando el albur, el gallo,
Judía y contra judí;
Pero en un maldito entrés
Tan malas trazas me dí,
que cuanto ganado había
Y otro tanto más, perdí.

Viendo suerte tan menguada,
Desesperado me fuí,
Con intencion de arrojarme
Á *dos* y *tercia*, ¡ay de mí!
Pero pensándolo un poco,
De tal cosa desistí,
Medroso y horrorizado
En tener tan triste fin.

Disipado aquel impulso,
Calmado mi frenesí,
En busca de unos amigos
Apresurado corrí,
Á los que en llanto deshecho
El percance referí;
Para ahuyentar mi tristeza
La cabeza saqué.
Y con ellos esa noche
Al todo resuelto fuí,
Donde entre broma y jarana
Y los brindis del festín,
Completamente al olvido
El lance pasado dí.

JOAQUIN RAMA.

Explicacion del figurin 1.290.

FIG. 1.^a — Traje de cachemir ó faya de color de vino. — Imposible es explicar la complicada combinacion de este vestido, con túnica y manteleta abotonada sobre el hombro y cuyas puntas se anudan graciosamente por delante. La túnica-manto cierra en el costado con lazos y va adornada con un plissé con cabeza de encaje blanco, encima de otro de tartana. La falda lleva todo alrededor, en el bajo, plisés de los cuales el último desciende sobre el plegado interior de muselina. Cuello y puños de batista. Sombrero de flores con bridas del color del vestido.

FIG. 2.^a — Vestido de faya verde de dos tonos. Oscuro el de la falda, mangas y delantero del cuerpo.

Por debajo de la túnica, recogida en los costados, descende el manto-cola guarnecido con dos volantes, uno de cada color. La túnica cierra por delante hasta una regular distancia de la cintura con bullon orillado de dos francidos; fichú de muselina y encaje cerrado con lazos del tono claro, y del mismo tono son los de las mangas.

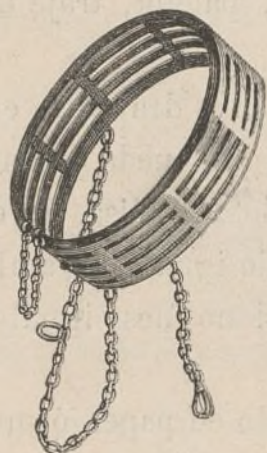
Sombrilla de ambos tonos.

Es tal la novedad de estos trajes, que es preciso examinar detenidamente el figurin.

AIDA, DE VERDI.

REDUCCION COMPLETA PARA PIANO SOLO.

Nueva, económica y elegante edicion, hecha por el editor Ricordi de Milan, expresamente para el editor Ro-



17. Brazalette de moda.



19 y 20. Abrigos y sombreros para niña.



21 á 23. Corbatas de invierno.



24. Ulster waterproof con esclavina. (Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 7 á 14.)

26. Vestido para bebé. (Patron: pliego por el derecho, núm. V, figs. 23 á 24.)



27. Vestido para jovencita.

25. Ulster. (Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 7 á 14.)

mero de Madrid y sus favorecedores. Precios fijos: Madrid, 5 pesetas; provincias, 5,70, franca de porte. Romero, Preciados, 1, Madrid.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo 4.º de la nueva serie, con la segunda edicion de la novela

EL ESCABEL

de
LA FORTUNA,
POR
TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 reales en las principales librerías de Madrid y de provincias. Pedidos al Administrador de los

Cuentos de salon, calle de Cláudio Coello, 13.

Están de venta *Las trece noches de Cármen*, *Los Mártires del amor*, *Las Llaves*, *Fábulas en acción*, y las novelas de la primera serie de *Cuentos de salon*.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La Administracion de EL CORREO DE LA MODA se ha trasladado, por mejora de local, á la calle de la Montera, número 11, á donde se dirigirá de aquí en adelante toda la correspondencia y pedidos de suscripciones, á nombre, como hasta ahora, de su propietario D. Carlos Grassi.

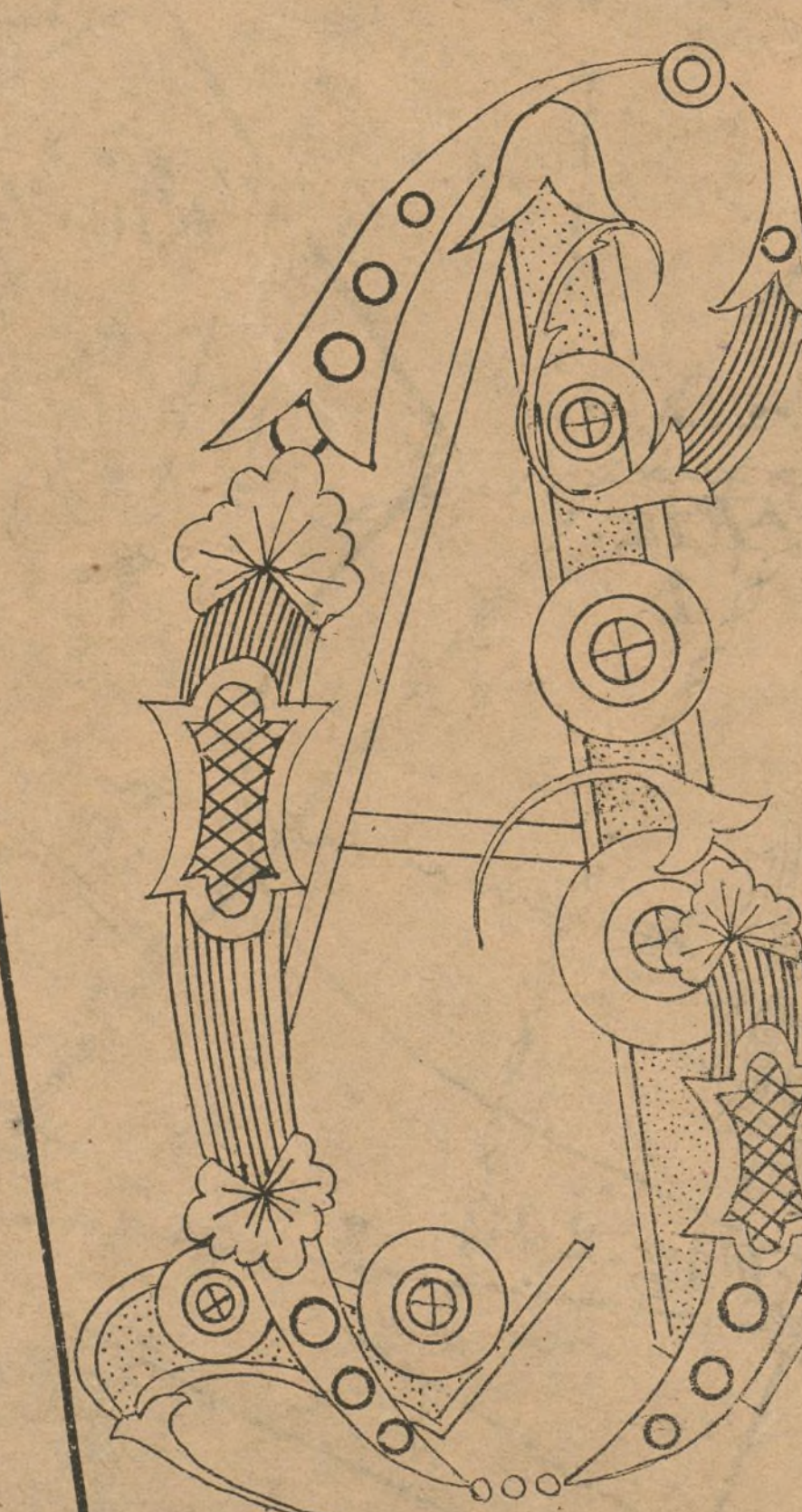
Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edicion recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 2.^a y 4.^a, el pliego de patrones.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Editor propietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid



Reves

Patrón de tamaño natural de un precioso paletot bordado para dame

Núm. 1.—Delantero.

Núm. 2.—Espalda.

Núm. 3.—Segunda mitad de la espalda. Las letras iguales indican cómo debe armarse.

Núm. 4.—Costadillo.

Núm. 5.—Manga que se corta en dos pedazos. Ve indicada la hoja de debajo.

Núm. 6.—Sola de la manga.

Núm. 7.—Bolsillo. Debe colocarse en el mismo sitio en que se halla en el modelo.

El modelo es de un ligero safo, y está bordado con soutache blanco; pero éste puede sustituirse, si se quiere, con un galon.

En nuestro modelo todas las costuras estaban vivadas de soutache blanco igual al del bordado.

Núms. 6 y 20.—Cifras y letras adornadas.